

## SEÑORES

General Rafael Olvera.  
 Anselmo G. Rubio.  
 Albino Vidal.  
 Severo Lara.  
 Pedro Vera.  
 Isaac Arana.  
 Jesus Corona.  
 Esteban Contreras.  
 Justo Aguayo.  
 Jesus Calvo.  
 Antonio Loyola.

Luis Velazco.

Ramon Loyola.  
 Manuel Martínez.  
 Timoteo Camacho.  
 José María Rangel.  
 Hermanos Montes.  
 Manuel Muñoz.  
 Rafael Aguilar.  
 Juan B. Pérez.  
 Brígido Vega.  
 Gregorio Vargas.  
 Macario Hidalgo.

Querétaro, Diciembre de 1885.

*Refugio Esquivel y Frías.*

## COMPOSICIONES

leídas en la tercera distribucion

DE PREMIOS

**Del Liceo Católico**

DE ESTA CIUDAD.

Setiembre 21 de 1886.



QUERÉTARO.

TIPOGRAFIA DE GONZALEZ Y C<sup>IA</sup>





FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

**Discurso pronunciado por el Sr. Lic. D. Eduardo López.**

Sit inscriptum in fronte uniuscujusque  
*civis* quid de *republica* sentiat.—CICERO,  
RON.

Sit inscriptum in fronte uniuscujusque  
*hominis* quid de *societate* sentiat.

Exponga cada uno con franqueza su  
parecer acerca de la cuestion social.

ILLMO. SEÑOR:

SEÑORES:

Osado en extremo fuera yo si, al presentarme ante vosotros, no viniera provisto de otro título que del muy cuestionable proveniente del llamado hoy derecho de decir cuanto se piensa. Si otra alguna consideracion faltado hubiera, no me habría decidido, es seguro, á dirigiros la palabra, medroso con justicia de ir á hollar inconsideradamente los respetos tan debidos á la excelsitud del objeto que aquí nos reúne y á la reconocida ilustracion de este concurso.

Empero una atenta invitacion de mis superiores, que para mí fué una orden, y el estricto deber que me es impuesto por la distinguida honra de pertenecer al profesorado de este católico instituto, me han traído á este lugar. Bien es cierto, y lo comprendo, que tales dos circunstancias en nada aproximan mi pequeñez á la grandeza del asunto sobre que debo hablar; pero subsiste en mí, y esto invoco en mi favor,



la obligacion de cooperar con mi exiguo contingente hasta donde me sea posible (que hasta lo imposible la obligacion no alcanza) á la realizacion de los nobilísimos fines que inspirado se propuso el fundador de este Liceo; y ella me autoriza para esperar, que no para exigir, vuestra indulgencia.

Permitidme pues, que, al hablaros, me asimile aquellas palabras del Demóstenes romano, que habeis oído tomé por epígrafe.

Maestro consumado el célebre orador en el arte del bien decir, no vacilé en elegirlo para que me apadrine ahora que se me invita á perorar. Astro él de primera magnitud, opaco yo, ¿por qué no me ha de ser dado reflejar su luz? No temais que, habiendo sido Marco Tulio profano al cristianismo, profane yo con un texto de aquel grande hombre este acto venerando: yo que llevo aquí la voz como hijo sumiso de la Iglesia católica. Tipo acabado de bellezas literarias, en sus producciones, el elocuente Ciceron, amplísima cabida tiene aquí donde se rinde culto á las letras humanas; culto en cuyo sacerdocio honoríficamente se distingue el egregio actual Pontífice del catolicismo.

Por otra parte, las palabras que he elegido para tema, son de oportunidad.

En efecto, Señores: sabeis que medio siglo antes de Cristo fraguóse en Roma una conspiracion horrible dirigida por Lucio Catilina, y que, una vez descubierta, se propuso incendiar la capital de la gran república y sepultarla bajo sus ruinas. Entónces el consul Tulio, viendo que la traicion habia invadido hasta el órden senatorio, y que la conjuracion tenia adeptos entre patricios y plebeyos, exclama en el Senado: "*Sit inscriptum in fronte* . . . . ." grabe cada uno en su frente su opinion para distinguir al enemigo del amigo . . . . . y Roma por entónces se salvó.

En los tiempos que corren trámase una conjuracion mas vasta. No es ahora solamente algun capitolio lo que se quiere demoler: la Torre de Lóndres hace explosion y poco ha faltado para que vuele tambien por los aires el Kremlin de Moscou. "Mano negra" en España; "comuna" en Francia; "internacional" en Suiza: cualquiera que sea el nombre de sus asociaciones, los nuevos catilinas pretenden arrebatar vida y fortuna á los que no son sus aliados, extinguir la familia, hacer desaparecer la sociedad. . . . . Su fórmula mas radical, y al mismo tiempo mas exacta y concisa es *nihil* . . . . sí, *nada*, porque nada quieren dejar en pié. Ellos pululan en todas partes: en el foro, en el ejército; en el aula, en el taller. Ahora, pues, deben resonar aquellas palabras del consul orador: "*Sit inscriptum in fronte* . . . . ." diga cada uno con franqueza si es enemigo ó defensor de la sociedad.

Y ¿cuál es el signo, cuál el distintivo que debe exhibir á frente descubierta todo aquel que no quiera afiliarse entre los conjurados contra la sociedad? Aquí deténgome un momento para hacerme á mí mismo una interpelacion. ¿De qué se trata, Señores? ¿Es acaso parlamentaria esta tribuna? ¿hablando estoy ante un congreso economista? ¿ó llevo la voz en algun club antirevolucionario? Nada de eso por cierto. Pues entónces ¿por qué hablar de desastres y peligros en esta fiesta donde todo respira paz y serenidad? ¿por qué hacer recuerdos de víctimas y sangre ahora que presentamos á la ciencia oblacion incruenta de nuestras aspiraciones ardientes por alcanzarla? ¿por qué mientras con una mano señalo el siniestro brillo del hacha revolucionaria, en la otra depurado tengo ya el laurel que ha de ceñir las sienes de nuestros católicos alumnos?

Es, Señores, que la ciencia, pero la ciencia católica tiene el altísimo privilegio de ser la salvadora de la sociedad en



la actual tremenda crisis. Este es uno de sus mas brillantes títulos: uno de sus timbres de inmárcesible gloria.

A primera vista, Señores, lo que ante todo convendría para librarnos de esta revolucion—hablo de la social—parece debía ser—diré con el abate Lémann—crear ejércitos y formar alianzas. Pero si tal creemos, sufrimos un engaño. Lo que de preferencia necesitamos es *una doctrina*.

„Siendo doctrinales las revoluciones modernas—es decir, partiendo de las ideas—no acabarán—dice Lacordaire—como las de la antigüedad, por un hombre ó por un accidente;—por un gran capitán ó por una batalla;—ellas no acabarán sino por una doctrina.“

Mas una doctrina puede ser expuesta como las reglas de un arte, y puede serlo desarrollándola científicamente.

¿De cuál de esas dos maneras es necesario exponer hoy dicha doctrina? Vamos á verlo.

La ciencia ha corrido suerte varia segun las diferentes épocas. Oculta tras el velo del santuario, no se ha dejado ver, en ocasiones, sino de los que, como Moisés, han estado iniciados, por privilegio, en ella. Háselá visto sentada en el trono con Salomón; pero también desdeñada y aun perseguida como en Sócrates. Hoy por hoy, es el objeto de casi todas las aspiraciones. Para el bien, ó para el mal, se hace gala de ser ilustrado por la ciencia, y hasta „los Invencibles“ de Irlanda se jactan de proseguir su obra de destrucción por *procedimientos científicos*. La ciencia ha venido á ser ya una necesidad: necesario es, pues, que la doctrina de que hace poco hablaba, científicamente se desarrolle.

Y sobre qué versará esa doctrina tan deseada? A medida que la inteligencia humana estendió sus dominios, los seres, unos tras otros, han venido cayendo bajo su jurisdicción. La materia ponderable de Newton, la etérea de Fresnel, la cósmi-

ca de Laplace; los mundos de Herschell, los átomos de Wurtz; las grandes nebulosas y los microorganismos; los universales medioevales y el famoso *yo* moderno; todo ha comparecido ante la ciencia. ¿Cómo no había de comparecer la humana especie, constituida como está en organismos llamados sociedades? Compareció en efecto, y desde entónces hubo ciencia social, muy antigua en verdad, pero que ha recibido un nombre nuevo, el de *sociología*. Y pues que la doctrina de que he venido hablando debe ser un remedio contra el mal que á la sociedad amenaza, resulta claro como la luz que tal doctrina habrá de ser científico-social.

Con vuestro permiso, Señores, tomo ahora, para entretejer, otro hilo del discurso.

El hombre, divino por su origen,—soplo de Dios—divino por su modo de ser—imagen de Dios—¿qué mucho que lo sea también en sus tendencias? Sí que lo es: aspira á lo infinito. Y sintiendo su inteligencia pujante y vigorosa, creyó á veces que ella por sí sola sería capaz de conocer todo, de todo comprender: erigió su razón en árbitro supremo para decidir las cuestiones de la ciencia—de ahí el libre exámen—y en la embriaguez de su orgullo por los triunfos que alcanzó sobre la naturaleza—triunfos gloriosísimos sin duda—se exaltó hasta el apoteosis, y viéronse con asombro altares erigidos á la *diosa razón*.

La razón dictó sus fallos sobre Dios y sobre el mundo; sobre el espíritu y la materia, sobre el espacio y sobre el tiempo, sobre el tiempo y la eternidad . . . . .: fallos, á decir suyo, inapelables, pero no concordes, sino diversos, contradictorios y sobre cada punto todos menos uno por consiguiente absurdos. Los problemas sociales, sometidos al libre exámen no debieron formar excepcion á la regla. Las soluciones no se hicieron esperar. Desde „la sociedad es un mal.“



hasta «la propiedad es un robo», toda tesis antisocial ha sido sostenida.

Los gérmenes del socialismo sembrados en la última centuria fructificaron en París hace quince años. En la historia en verdad no faltó un Espartaco, un Munster; mas en los últimos tiempos la comuna ha presentado un carácter doctrinario y científicas pretensiones. Hoy el socialismo prepárase á dar el golpe decisivo. Fenianos al norte; italianísimos al sur: huelgas en Francia, huelgas en Nueva York. ¿A dónde dirigiremos nuestra mirada sin que no se yerga ante nosotros el espectro de la cuestion social?

¿Y el remedio? Una doctrina por Dios, una doctrina. Pero ¿dónde está?

En vano economistas de buena fé buscan solo en el trabajo la solucion. Adquirir riqueza, que para ellos es lo mismo que reportar utilidad, es arrojar un nuevo dato al problema ya por sí determinado, es volverlo insoluble. Teniendo al frente el teorema de Malthus sobre la poblacion, desde luego se advierte que la riqueza, económicamente considerada, quedará siempre bajo el nivel del número de sus consumidores; y la dificultad subsiste en pié.

En vano los filósofos espiritualistas de recta intención enaltecen la idea del deber: en vano los filántropos predicán con miras generosas, la liberalidad. No se les escucha; y sus palabras se pierden en el ruido del mundo, entre el retintin del oro y los mugidos del vapor. . . . .

¿Dónde está, pues, por fin la doctrina salvadora? En esta pavorosa crisis, en que las multitudes se agitan y los gobiernos se marean, déjase oír la voz apacible de un anciano que no adula á los pueblos ni teme á potentados.—*Vox in Roma audita est*—y las palabras de ese hombre venerable, que habla desde lo alto de la cátedra de eterna verdad, caen co-

mo maná sobre las almas sedientas de calma y de paz. . . . El sabio, el elocuente Pontífice Leon XIII expone con rigor geométrico, en su admirable encíclica *Immortale Dei* la doctrina católica sobre la constitucion cristiana de los Estados; y enseña á las naciones una doctrina no nueva, sino olvidada por las potestades de la tierra. Allí demuestra que por encima de las soberanías ficticias de aquí abajo, otra existe real y efectiva, á saber, la soberanía de la justicia; pero no justicia abstracta, inanimada, sino viviente, incorruptible que tarde ó temprano ha de ahogar todas las anarquías y de aplastar tiene los despotismos todos. Una vez mas ha tenido solemne cumplimiento el *docete omnes gentes* del Evangelio.

Y ¡cosa sorprendente! Habla el augusto prisionero del Vaticano, y los irlandeses de Parnell comienzan á desistir de sus anárquicos proyectos; habla el augusto prisionero y Bismark, uno de los señores de la Europa, el hombre de hierro, se ablanda, temple su despotismo y deroga las leyes tiránicas de Mayo.

¿Dudarése aun de la eficacia de la doctrina salvadora de Leon XIII?

Señores: En otro tiempo Pedro, en medio de una deshecha tempestad, exclamó, lo sabéis, *Sálvanos, perecemos*, y el Salvador del mundo serenó la tormenta con su voz. Pues bien: Ahora que el viento helado de Siberia nos anuncia que allá en las regiones hiperbóreas brama el nihilismo reprimido; cuando los rayos precursores de la borrasca se descargan ora en Lóndres, ora en San Petersburgo: cuando al ronco ruido subterráneo de la revolucion, retiembla el suelo mismo que se pisa, y cuando las olas socialistas comienzan á encreparse y amenazan inundar la tierra toda de lágrimas y sangre; ahora la acongojada humanidad exclama: *Sálva-*



me Jesus; y, como despertan do segunda vez Jesus, inspira al piloto de la barca de Pedro para que abra sus labios; y la humanidad escucha; y calmaráse la tormenta, y la sociedad será salva, aun cuando tenga que marchar sobre las olas encrespadas.

Bien está, Señores; pero á todo esto, la doctrina católica ¿es científica? ¿satisface las exigencias del siglo? Sí indudablemente, y este el último punto sobre el cual os suplico fijéis vuestra atención. Unos momentos más.

Hemos visto la doctrina de la Iglesia por su aspecto sociológico; considérola ahora en general.

En la interminable causa que la incredulidad ha estado formando al cristianismo, son los últimos cargos de ignorancia y retroceso; y se ha llamado á declarar, contra el procesado, á la ciencia moderna rodeada del inmenso prestigio que le dan sus incesantes triunfos. Pero vanos esfuerzos; el testimonio ha sido *contraproducentem*.

¿No veis cómo, á despecho de Draper, las últimas conclusiones de la ciencia concuerdan con las correspondientes de la católica doctrina? ¿No veis cómo entre los sabios mas distinguidos descuellan eminentes católicos?

Se trata de reconstruir en su unidad el mundo? Pues he aquí al jesuita Secchi que en alta voz proclama la unidad de fuerza que hace presentir, con la moderna química, la unidad de materia. Unidad de materia y multiplicidad de formas, como en el siglo trece Tomás de Aquino lo sostuvo.

¿Se agita la cuestion de la antigüedad de la especie humana? Pues os presento al abate Moigno que, en demostracion rigurosamente matemática, y partiendo de los mas fidedignos contemporáneos datos sobre la poblacion actual de nuestro globo, hace ver por una progresion decreciente, que el

primer hombre existió hace seis mil años; resultado á que habían llegado los cronologistas bíblicos.

¿Se sondea el abismo del origen de la vida? Pues ahí tenéis al eminente biólogo Pasteur que ha encontrado los gérmenes de ella allí mismo donde se afirmaba haber tan solo la generacion espontánea; y dió un mentis á la teoría de esta última como dándolo había estado la fórmula católica.

Unidad de la materia, antigüedad del hombre, origen de la vida; ¡qué cuestiones tan altas! Pero tambien Secchi, Moigno, Pasteur: ¡qué sabios tan insignes! y voy á añadir: ¡qué católicos tan dignos!

El primero, al frente de los astrónomos de Italia, se inunda en los resplandores del sol, objeto de sus predilecciones; mas no se deslumbra por los de la gloria mundanal, sino que, á ejemplo de Ignacio su primitivo gefe: "Lo que hago—dijo—no sea para mi gloria, sino *ad majorem Dei*." El segundo conferenciaba diariamente con los sabios de mas nota, y era el alma de muchas y variadas publicaciones científicas; pero ántes de dar principio á viriles trabajos cotidianos, vertía lágrimas de ternura al tomar entre sus manos la hostia inmaculada. El último, Pasteur, es ahora mismo objeto de respeto y admiracion en París, en esa nueva Atenas de la moderna Europa; pero grande como es, depone su grandeza ante el Ser de los seres; y asiste reverente á procesion católica en que se ora invocando al Padre universal que está en los cielos.....

¿Buscáis, en otra línea, testimonios en pro de la católica doctrina aun de parte de los disidentes de la Iglesia? Pues escuchad á Thering, profesor protestante de derecho en la universidad alemana de Tubinga: "Cómo es posible—dice—que una vez enunciadas semejantes verdades—así llama á las teorías jurídico-sociales del filósofo de Aquino—hayan